

## LAS VIRTUDES CARDINALES

### Las virtudes cardinales y su recíproco condicionamiento indirecto.

«Cuando hablamos de las virtudes —no sólo de estas cardinales, sino de todas o de cualquiera de las virtudes— debemos tener siempre ante los ojos al hombre real, al hombre concreto. La virtud no es algo abstracto, distanciado de la vida, sino que, por el contrario, tiene "raíces" profundas en la vida misma, brota de ella y la configura. La virtud incide en la vida del hombre, en sus acciones y comportamiento. De lo que se deduce que, en todas estas reflexiones nuestras, no hablamos tanto de la virtud cuanto del hombre que vive y actúa "virtuosamente"; hablamos del hombre prudente, justo, valiente, y por fin, hoy precisamente, hablamos del hombre "moderado" (o también "sobrio").

»Añadamos en seguida que todos estos atributos o, más bien, actitudes del hombre provienen de cada una de las virtudes cardinales y están relacionadas mutuamente. Por tanto, no se puede ser hombre verdaderamente prudente, ni auténticamente justo, ni realmente fuerte, si no se posee asimismo la virtud de la templanza. Se puede decir que esta virtud condiciona indirectamente a todas las otras virtudes; pero se debe decir también que todas las otras virtudes son indispensables para que el hombre pueda ser "moderado" (o "sobrio").»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 22 de noviembre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 48 (517). Domingo 26 de noviembre de 1978.

### La prudencia y el bien moral

«Según una cierta dimensión, nos han enseñado que el valor del hombre debe medirse con el metro del bien moral que lleva a cabo en su vida. Esto precisamente sitúa en primer puesto la virtud de

"la prudencia. El hombre prudente, que se afama por todo lo que es verdaderamente bueno, se esfuerza por medirlo todo, cualquier situación y todo su obrar, según el metro del bien moral.

»Prudente no es, por tanto —como frecuentemente se cree—, el que sabe arreglárselas en la vida y sacar de ella el mayor provecho, sino quien acierta a edificar la vida toda según la voz de la conciencia recta y según las exigencias de la moral justa.

»De este modo la prudencia viene a ser la clave para que cada uno realice la tarea fundamental que ha recibido de Dios. Esta tarea es la perfección del hombre mismo. Dios ha dado a cada uno su humanidad. Es necesario que nosotros respondamos a esta tarea programándola como se debe.»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 25 de octubre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm 44 (513). Domingo 29 de octubre de 1978.

**El conocimiento de la justicia no es una ciencia teórica. Es virtud, es capacidad del espíritu humano, de la voluntad humana e incluso del corazón**

«Ser justo significa dar a cada uno cuanto le es debido. Esto se refiere a los bienes temporales de naturaleza material. El ejemplo mejor puede ser aquí la retribución del trabajo y el llamado derecho al fruto del propio trabajo y de la tierra propia. Pero al hombre se le debe también reputación, respeto, consideración, la fama que se ha merecido. Cuanto más conocemos al hombre, tanto más se revela su personalidad, carácter, inteligencia y corazón. Y tanto más caemos en la cuenta —¡y debemos caer en la cuenta!— del criterio con que debemos "medirlo" y qué significa ser justos con él.

»Por todo ello es necesario estar profundizando continuamente en el conocimiento de la justicia. No es ésta una ciencia teórica. Es virtud, es capacidad del espíritu humano, de la voluntad humana e, incluso, del corazón. Además, es necesario orar para ser justos y saber ser justos.

»No podemos olvidar las palabras de Nuestro Señor: "Con la medida con que midiereis se os medirá" (Mt 7, 2).

»Hombre justo, hombre que "mide justamente". Ojalá lo seamos todos. Que todos tendamos constantemente a serlo.»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 8 de noviembre, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 46 (515). Domingo 12 de noviembre de 1978.

La justicia terrena y el hombre. No es el hombre para el sistema, sino el sistema para el hombre

«A lo largo de los siglos la justicia ha ido teniendo definiciones "más apropiadas según las distintas relaciones y aspectos. De aquí "el concepto de justicia conmutativa, distributiva, legal y social. "Todo ello es testimonio de cómo la justicia tiene una significación "fundamental en el orden moral entre los hombres en las relaciones "sociales e internacionales. Puede decirse que el sentido mismo de "la existencia del hombre sobre la tierra está vinculado a la justicia. Definir correctamente "cuanto se debe" a cada uno por parte "de todos y, al mismo tiempo, a todos por parte de cada uno, "lo "que se debe" (debitum) al hombre de parte del hombre en los "distintos sistemas y relaciones, definirlo y, sobre todo, llevarlo a "efecto, es cosa grande por la que vive una nación y gracias a la "cual su vida tiene sentido.

»A través de los siglos de existencia humana sobre la tierra, es "permanente, por ello, el esfuerzo continuo y la lucha constante por "organizar con justicia el conjunto de la vida social en sus aspectos "varios. Es necesario mirar con respeto los múltiples programas y la "actividad, reformadora a veces, de las distintas tendencias y sistemas. A la vez es necesario ser conscientes de que no se trata aquí "sobre todo de los sistemas, sino de la justicia y del hombre. No "puede ser el hombre para el sistema, sino que debe ser el sistema "para el hombre. Por ello hay que defenderse del anquilosamiento "del sistema.»

«... es necesario que cada uno de nosotros pueda vivir en un contexto de justicia y, más aún, que cada uno sea justo y actúe con justicia respecto de los cercanos y de los lejanos, de la comunidad, de la sociedad de que es miembro... y respecto de Dios.

»La justicia tiene muchas implicaciones y muchas formas. Hay también una forma de justicia que se refiere a lo que el hombre "debe" a Dios.»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 8 de noviembre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 46 (515). Domingo 12 de noviembre de 1978.

La medida de la justicia en la transitoriedad de este mundo.  
Excede de las dimensiones de la vida terrena del hombre

«Todos somos conscientes en cierta manera de que no es posible llenar la medida total de la justicia en la transitoriedad de este mundo. Las palabras oídas tantas veces "no hay justicia en este mundo" quizá sean fruto de un simplicismo demasiado fácil. Si bien hay en ellas también un principio de verdad profunda.

»En un cierto modo la justicia es más grande que el hombre, más grande que las dimensiones de su vida terrena, más grande que las posibilidades de establecer en esta vida relaciones plenamente justas entre todos los hombres, los ambientes, la sociedad y los grupos sociales, las naciones, etc. Todo hombre vive y muere con cierta sensación de insaciabilidad de justicia porque el mundo no es capaz de satisfacer hasta el fondo a un ser creado a imagen de Dios, ni en lo profundo de la persona ni en los distintos aspectos de la vida humana. Y así, a través de este hambre de justicia, el hombre se abre a Dios, que "es la justicia misma".

»Jesús, en el sermón de la montaña, lo ha dicho de modo claro y conciso con estas palabras: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos" (Mt 5, 6).»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 8 de noviembre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 46 (515). Domingo 12 de noviembre de 1978.

No puede existir amor sin justicia, pero el amor "rebas" la justicia

*«Cristo nos ha dado el mandamiento del amor al prójimo. En este mandamiento está comprendido todo cuanto se refiere a la justicia. No puede existir amor sin justicia. El amor "rebas" la justicia, pero al mismo tiempo encuentra su verificación en la justicia. Hasta el padre y la madre, al amar a su hijo, deben ser justos con él. Si se tambalea la justicia, también el amor corre peligro.»*

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 8 de noviembre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 46 (515). Domingo 12 de noviembre de 1978.

La virtud de la fortaleza: superar el miedo y la debilidad humana

*«Según la doctrina de Santo Tomás, la virtud de la fortaleza se encuentra en el hombre:*

*"— que está dispuesto a aggredi pericula, a afrontar los peligros;*

*"— que está dispuesto a sustinere mala, o sea, a soportar las adversidades por una causa justa, por la verdad, la justicia, etc.*

*»La virtud de la fortaleza requiere siempre una cierta superación de la debilidad humana y, sobre todo, del miedo. Porque el hombre teme por naturaleza, espontáneamente, el peligro, los disgustos y sufrimientos. Pero no sólo en los campos de batalla hay que buscar hombres valientes, sino en las salas de los hospitales o en el lecho del dolor. Hombres tales podían encontrarse a menudo en campos de concentración y en lugares de deportación. Eran auténticos héroes.*

*»El miedo quita a veces el coraje cívico a hombres que viven en clima de amenaza, opresión o persecución. Así, pues, tienen valentía especial los hombres que son capaces de traspasar la llamada barrera del miedo, a fin de rendir testimonio de la verdad y la justicia. Para llegar a tal fortaleza, el hombre debe "superar" en cierta ma-*

"nera los propios límites y "superarse" a sí mismo, corriendo el "riesgo" de encontrarse en situación ignota, el riesgo de ser mal visto, el riesgo de exponerse a consecuencias desagradables, injurias, degradaciones, pérdidas materiales y hasta la prisión o las persecuciones. Para alcanzar tal fortaleza, el hombre debe estar sostenido por un gran amor a la verdad y al bien a que se entrega. La virtud de la fortaleza camina al mismo paso que la capacidad de sacrificarse. Esta virtud tenía ya perfil bien definido entre los antiguos. Con Cristo ha adquirido perfil evangélico, cristiano. El Evangelio va dirigido a hombres débiles, pobres, mansos y humildes, operadores de paz, misericordiosos; y al mismo tiempo contiene en sí un llamamiento constante a la fortaleza. Con frecuencia repite: "No tengáis miedo" (Mt 14, 27). Enseña al hombre que es necesario saber "dar la vida" (Jn 15, 13) por una causa justa, por la verdad, por la justicia.»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 15 de noviembre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 47 (516). Domingo 19 de noviembre de 1978.

### La virtud de la fortaleza: el coraje cívico

«¿A quién tenemos nosotros por hombre fuerte, hombre valiente? De costumbre, esta palabra evoca al soldado que defiende la patria exponiendo al peligro su incolumidad y hasta la vida en tiempo de guerra. Pero a la vez nos damos cuenta de que también en tiempo de paz necesitamos fortaleza. Y por ello sentimos estima grande de las personas que se distinguen por lo que se llama "coraje cívico". Un testimonio de fortaleza nos lo ofrece quien expone la propia vida por salvar a alguno que está a punto de ahogarse, o también por el hombre que presta ayuda en las calamidades naturales: incendios, inundaciones, etc. Ciertamente se distingue por esta virtud San Carlos, mi Patrono, que durante la peste de Milán seguía ejerciendo el ministerio pastoral entre los habitantes de dicha ciudad. Pero pensamos con admiración asimismo

*"en los hombres que escalan las cimas del Everest y en los astronautas que pusieron el pie en la Luna por vez primera.*

*»Como se deduce de todo esto, las manifestaciones de la virtud de la fortaleza son abundantes. Algunas son muy conocidas y gozan de cierta fama. Otras son más ignoradas, aunque exigen mayor virtud aún.*

*»Como ya hemos dicho al comenzar, la fortaleza es una virtud, una virtud cardinal.*

*»Permitidme que atraiga vuestra atención hacia ejemplos poco conocidos en general, pero que atestiguan una virtud grande, a veces incluso heroica. Pienso, por ejemplo, en una mujer, madre de familia ya numerosa, a la que muchos "aconsejan" que elimine la vida nueva concebida en su seno y se someta a una "operación" para interrumpir la maternidad; y ella responde con firmeza: "¡no!". Ciertamente que cae en la cuenta de toda la dificultad que este "no" comporta: dificultad para ella, para su marido, para toda la familia; y, sin embargo, responde: "no". La nueva vida humana iniciada en ella es un valor demasiado grande, demasiado "sacro", para que pueda ceder ante semejantes presiones.*

*»Otro ejemplo: Un hombre al que se promete la libertad y hasta una buena carrera, a condición de que reniegue de sus principios o apruebe algo contra su honradez hacia los demás. Y también éste contesta "no", incluso a pesar de las amenazas de una parte y los halagos de otra. ¡He aquí un hombre valiente!»*

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 15 de noviembre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 47 (516). Domingo 19 de noviembre de 1978.

**Fortaleza para superar las ideas falsas, hoy de moda; los criterios de violencia, y afrontar las insidias del mal del egoísmo y del "príncipe de este mundo", que siempre pretende dar al hombre falso sentido de sus autonomías y, tras el fracaso, llevarlo al abismo de la desesperación**

*«Ser jóvenes significa vivir en sí una incesante novedad de espíritu, fomentar la búsqueda continua del bien, dar suelta al*

"impulso de transformarse siempre haciéndose mejor, poner en práctica una voluntad perseverante de entrega. ¿Quién nos permitirá todo esto? ¿Es que el hombre posee en sí mismo vigor para afrontar con las propias fuerzas las insidias del mal, del egoísmo y —digámoslo también con claridad— las insidias disgregadoras del "príncipe de este mundo", en actividad siempre para dar al hombre sentido falso de sus autonomías, en primer lugar, y a través del fracaso, llevarlo luego al abismo de la desesperación?

»A Cristo, eternamente joven; a Cristo, vencedor de toda manifestación de muerte; a Cristo resucitado para siempre; a Cristo, que en el Espíritu comunica la vida del Padre, continua y desbordante; a Cristo debemos recurrir todos, jóvenes y adultos, para fundamentar y asegurar la esperanza del mañana que vosotros construiréis, pero que se encuentra ya potencialmente presente en el hoy.»

«La victoria de Cristo en nuestro corazón exige el ejercicio de la virtud de la fortaleza, tercera virtud cardinal, que constituye el tema elegido para la audiencia general de hoy.

»Esta virtud, que nos permite afrontar los peligros y soportar las adversidades —como afirma Santo Tomás de Aquino—, da fuerza al hombre para combatir con valentía, agere contra, por los ideales de justicia, honradez y paz, hacia los que os sentís profundamente atraídos. No se puede pensar en construir un mundo nuevo sin ser fuertes y valientes para superar las ideas falsas, hoy de moda; los criterios de violencia del mundo; las sugerencias del mal. Todo ello exige que trasparemos la barrera del miedo para ser testigos de Cristo y, al mismo tiempo —las dos realidades se superponen—, presentar la imagen del hombre auténtico que se expresa únicamente en el amor, en el don de sí.»

JUAN PABLO II: Encuentro con los jóvenes en la basílica de San Pedro, L'Osservatore Romano. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 47 (516). Domingo 19 de noviembre de 1978.



## La virtud de la templanza: dominio de sí mismo

«El mismo término "templanza" parece referirse en cierto modo a lo que está fuera del hombre. En efecto, decimos que es moderado el que no abusa de la comida, la bebida o el placer; el que no toma bebidas alcohólicas immoderadamente, no enajena la propia conciencia por el uso de estupefacientes, etc. Pero esta referencia a elementos externos al hombre tiene la base dentro del hombre. Es como si en cada uno de nosotros existiera un "yo superior" y un "yo inferior". En nuestro "yo inferior" viene expresado nuestro cuerpo y todo lo que le pertenece: necesidades, deseos y pasiones, sobre todo las de naturaleza sensual. La virtud de la templanza garantiza a cada hombre el dominio del "yo superior" sobre el "yo inferior". ¿Supone acaso dicha virtud humillación de nuestro cuerpo? ¿O quizá va en menoscabo del mismo? Al contrario, este dominio da mayor valor al cuerpo. La virtud de la templanza hace que el cuerpo y los sentidos encuentren el puesto exacto que les corresponde en nuestro ser humano.

»El hombre moderado es el que es dueño de sí. Aquel en que las pasiones no predominan sobre la razón, la voluntad e incluso el "corazón". ¡El hombre que sabe dominarse! Si esto es así, nos damos cuenta fácilmente del valor tan fundamental y radical que tiene la virtud de la templanza. Esta resulta nada menos que indispensable para que el hombre "sea" plenamente hombre. Basta ver a alguien que ha llegado a ser "víctima" de las pasiones que lo arrastran, renunciando por sí mismo al uso de la razón (como, por ejemplo, un alcohólico, un drogado), y constatamos que "ser hombre" quiere decir respetar la propia dignidad y, por ello y además de otras cosas, dejarse guiar por la virtud de la templanza.»

JUAN PABLO II: Catequesis en la audiencia general del miércoles, 22 de noviembre de 1978, *L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española. Año X, núm. 48 (517). Domingo 26 de noviembre de 1978.